



Homilía del P. Ernesto Popelka
Domingo Ordinario XIII
26 de junio de 2022
Capilla Santa Teresita, Tijuana, México

GLORIOSA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS

26/06/2022, Domingo Ordinario XIII, Ciclo C.

Lecturas: 1 Re 19,16b.19-21; Salmo 15; Ga 5,1.13-18; Lc 9, 51-62.

Introducción

Cristo nos hizo hermanos de sangre en la cruz y por eso ésta es nuestra casa, la Casa de Dios. Dándoles la bienvenida, los invito a prepararse para celebrar este Domingo XIII del tiempo Ordinario, donde va a resaltar el concepto tan traído, llevado, abusado y manoseado de la libertad. Hoy podríamos titular la reflexión “¿Qué onda con la libertad?”, para desembocar de plano en “*la gloriosa libertad de los hijos de Dios*”, como dice san Pablo (Ro 8, 21). *Cristo, que es “el camino, la verdad y la vida”, es quien verdaderamente nos hará libres* (cf. Jn 14, 16; 8, 32). De eso va a tratar la liturgia de hoy y el sentido de la meditación que vamos a estar haciendo a lo largo de toda la santa Misa.

Lectura del Evangelio según san Lucas:

Cuando ya se acercaba el tiempo en que tenía que salir de este mundo, Jesús tomó la firme determinación de emprender el viaje a Jerusalén. Envió mensajeros por delante y ellos fueron a una aldea de Samaría para conseguirle alojamiento. Pero los samaritanos no quisieron recibirlo porque supieron que iba a Jerusalén - pueblo con quien estaban enemistados-. Ante esta negativa, los discípulos Santiago y Juan le dijeron: “Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que acabe con ellos?”. Pero Jesús se volvió hacia ellos y los reprendió. Después se fueron a otra aldea.

Mientras iban de camino, alguien le dijo a Jesús: “¡Te seguiré adondequiera que vayas!”. Jesús le respondió: “Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”.

A otro Jesús le dijo “Sígueme”. Pero él respondió: “Señor, déjame primero enterrar a mi padre”. Pero Jesús le respondió: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve y anuncia el Reino de Dios”.

Otro le dijo: “Te seguiré, Señor, pero déjame primero despedirme de mi familia”. Jesús le contestó: “El que empuña el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios”.

Palabra del Señor.

- Núcleo central y etimología

Por la bendita o maldita libertad a Jesús le va como “en feria” según este relato del Evangelio. “Libremente” –que lo pongo entre comillas porque es lo que el ser humano siempre aduce- le puedo decir a Dios que no, como no le dimos posada cuando iba a nacer y tuvo que ir a nacer en un pesebre, como recordarán. Después van a ver por qué ponemos todos estos términos entre comillas.

Jesús va llamando a otras personas para que lo sigan y ellos, ejerciendo la “libertad” (porque Jesús no los presiona ni les pone una pistola en el pecho, ni los coacciona o amenaza con algo), “libremente” le dicen que no: primero mis padres, dijo uno; primero la salud, dijo otro; primero están los hijos, dijo la mamá... Y así Dios va quedando relegado tantas veces.

El Evangelio claramente nos muestra, de manera trágica, qué es lo que los seres humanos hacemos con la bendita libertad que Dios nos otorgó desde Adán y Eva. Y ya lo primero que hicimos fue desobedecerle, fue competir con Dios, fue como rivalizar con Él como diciendo: “con esa libertad que Dios nos había dado ¿por qué no puedo comer de ese fruto? Al fin de cuentas, ¿por qué tu sí y yo no?” (cf. Gn 3, 1-7). ¡Santa María! Se nos fueron los humos a la cabeza, se nos “subió la mostaza” de entrada. Con muy poquito que Dios nos había dado -comparado con lo de Él- ya nos creemos campeones del mundo, como a veces pasa con el fútbol. Allá en mi país si hacemos un lindo gol -que está muy bien aplaudirlo-, enseguida creemos que somos campeones del mundo. ¡No!, es un lindo gol, nada más; con eso no eres campeón del mundo. Esa tendencia del ser humano es algo que la Psicología tiene muy estudiado y se llama inflación psíquica: un poquito que nos den por nuestro lado y ya se nos van los humos a la cabeza; un piropo que te avienten y te crees que ya eres Miss Universo... ¡No! Creo que me entienden. En todo orden de la vida es algo trágico y hasta ridículo lo que pasa con esa tendencia que tiene el ser humano de inflarse; como dice el Eclesiastés es llenarse de humos o de viento (cf. 1, 17); es como un globo: parece grande pero está lleno de aire, nada más, no hay nada consistente.

Sin embargo, usando o abusando de esa manera de la libertad, viene san Pablo y dice: *pero miren que fuimos creados para ser libres* (cf. Ga 5, 1) -como escuchamos en la segunda lectura de hoy-, precisamente para eso pero no para cortar o para la desobediencia con Dios, sino todo lo contrario: de la mano de Dios seremos libres. “Les he regalado la libertad, diría Dios, y están llamados a ser totalmente libres, pero no se pasen. No usen eso que Yo les estoy dando justamente para “sacarse los ojos” entre ustedes. Es más, no la usen para competir conmigo, para morder la mano del que les dio de comer”, como muchas veces hace el ser humano, lamentablemente. Por eso san Pablo dice claramente: *no confundan la libertad que Dios les dio para hacer cualquier cosa que quieran o hacer el mal* (cf. Ga 5, 13). Para eso no es la libertad. El ser humano tiene esa concepción de que la

libertad nos la otorga Dios para hacer lo que queramos. ¡No es así! Eso es una falacia, una falsa definición. Dios, a través de la naturaleza, nos otorga la libertad para hacer el bien, no el mal; si hacemos el mal es a cuenta de otra cosa, no de la libertad. Es un error decir que por la libertad nosotros matamos, porque matamos por otro tipo de motivaciones, como claramente dice san Pablo: por el egoísmo, por la envidia, por la prepotencia (cf. Ro 1, 28-29), o sea, seremos libres de una cosa pero esclavos de otra. San Pablo dice claramente que la libertad que Dios nos dio es un instrumento para el bien. Si te regalo un cuchillo es para cortar carne o el pan, ¡no le mires de reojo el cuello a tu marido o a tu mujer! Te regalo el cuchillo para que hagas cosas buenas. ¿Para qué el uso de las armas, como se habla tanto en EEUU? ¡Ay, Dios mío! Para la defensa, para la prevención, para disuadir el delito. Ok. ¡Pero no mires de reojito a tu vecino!

La palabra libertad es en latín *libertatem* y en griego *eleuteriós*, pero tanto el griego como el latín proceden de lenguas anteriores indoeuropeas y góticas donde la raíz de donde nace la palabra libertad significa: crecer, evolucionar. Es curioso porque también la libertad es una realidad que el ser humano tiene pero que debe desarrollar, debe también hacerla crecer, evolucionar. Vamos a comprender el verdadero sentido de la libertad si entendemos que es evolutiva, por ejemplo cuando nos liberamos del vientre de nuestra mamá por el parto, sufrimos pero comenzamos a respirar. Después nos liberamos de las comodidades familiares para ir a la escuela; y tenemos que relacionarnos y aprender otras cosas, vincularnos con personas que están fuera de nuestra familia. Luego comenzar la secundaria o la universidad o la profesión. Vamos como de liberación lograda en liberación lograda: nos liberamos de una cosa pero eso no significa la totalidad, después vendrá otra esclavitud de la que nos tenemos que liberar también. No podemos conformarnos con lo que logramos porque ahí es donde nos estancamos; es como andar en bicicleta, si uno no está en movimiento se cae, para no caer tenemos que andar. La libertad es lo mismo: tiene que seguir evolucionando. Me liberé de esto ¡perfecto! Ahora viene otra cosa. No te quedes con eso. No cantes victoria. No te duermas en los laureles. Es fundamental seguir creciendo, de lo contrario identificamos la libertad con lo que hemos logrado y arruinamos lo que tenemos por delante.

- Diferenciación y discernimiento

Como dice el Evangelio debemos ser *mansos como palomas y astutos como serpientes* (Mt 10, 16) para diferenciar, para distinguir detrás de la misma palabra libertad qué es lo que se esconde, como tantas veces hemos hecho. El diablo no es tan tonto como para venir a proponernos que, en vez de ser libres, seamos esclavos. No es tan tonto porque enseguida le vamos a decir que no: “yo quiero ser libre”. El diablo viene a decirnos: “¡Tú tienes que ser libre!... pero de Dios, de las reglas, de las enseñanzas”. ¡Ser libre!, usa la misma palabra, como con el amor, como con la paz; cuántas veces hemos tenido que distinguir que, cambiando el refrán, será “el mismo collar pero no es el mismo perro”, ¿no es cierto? De repente a muchas cosas se les dice libertad, pero vamos a ver qué es lo que se esconde detrás de esas

palabras. ¡Yo vivo en la libertad!, dijo uno; sí, sí, en la parte alta del aeropuerto. Libertad se llama una colonia, barrio, de Tijuana, de los más antiguos, camino al Aeropuerto, y tiene una parte alta, otra baja, etc. Allá en Argentina un actor decía: “yo vivo con libertad”; sí, con Libertad Lamarque, una actriz. Es tragicómico, pero curiosamente en mi país la cárcel de máxima seguridad está en una ciudad que se llama “Libertad”, por eso algunos presos bromeaban diciendo: “yo vivo en libertad”.

Hay que distinguir: una cosa es la libertad humana y otra cosa es la libertad divina. La libertad humana es limitada, restringida dentro del libre albedrío. La palabra albedrío viene de “arbitrio” y significa la capacidad de decidir dentro de tus posibilidades. Por ejemplo, no puedes decidir volar por tus propios medios o no puedes decidir vivir bajo el agua por tus propios medios, ¡te ahogas!, en tres minutos se te terminó la libertad. No puedes decir “yo no voy a comer por un mes” -a alguno le vendría bien por lo menos para ponerse en línea-, ¡te mueres! No puedes decir “yo no voy a dormir” porque estás limitado, acotado por una serie de límites de tu instinto, de la muerte, de tu posibilidad. La libertad humana no es como la libertad divina que todo lo puede, aunque a veces nos comparamos con la libertad divina y entonces tenemos esa concepción de que libertad es poder hacer cualquier cosa. Eso es cierto dentro de tu libre albedrío, dentro de tus posibilidades. Esto es fundamental porque quien no reconoce sus límites, siempre, siempre, va a arruinar la poca libertad que tiene porque se cree con esa capacidad de la inflación, como les decía hace un rato, y así lógicamente arruina lo poquito que tiene.

Tampoco es lo mismo libertad total que libertades parciales. Por ejemplo, el 15 de setiembre a la noche celebramos el Grito de Dolores, la independencia, cuando logramos la libertad, llamémosla, política, bendito sea Dios. Pero es una libertad parcial porque es política pero no es económica. Cuando pagamos un crédito nos liberamos de la deuda, es una libertad económica; es más, se utiliza la palabra libertad para mencionar ciertos sistemas económicos: neo liberalismo, liberalismo económico, libertad de mercado. Perfecto. Pero después vienen otras libertades.

Cuando erigen la estatua de la libertad en Nueva York por la independencia de la madre patria ojalá hubieran puesto en otra isla la estatua de la responsabilidad; además de los derechos que nos da la libertad deberíamos recordar que eso también trae obligaciones o responsabilidades. La libertad no es para hacer cualquier cosa. Aquí nomás está la estatua de Abraham Lincoln con las cadenas aludiendo a la ley de abolición de la esclavitud; la guerra civil norteamericana vino por eso, todo el sur quería mantener la esclavitud y el norte no. Por eso les puse en cartelera también la imagen de Cristo con las cadenas rotas. O sea, hay una libertad pero es evolutiva; después de liberarte de una cosa tienes que pasar a otra libertad, no debemos quedarnos porque enseguida caemos en otra esclavitud.

En México, después de la independencia, vinieron las guerras intestinas entre los caudillos. Luego nos liberamos de la dictadura de Porfirio Díaz, pero empezaron

los problemas entre los propios revolucionarios, ensañados los unos contra los otros. Y así sucesivamente. Cuando pensamos en el Che Guevara, claro, se liberan políticamente del dictador Batista que andaba fusilando adversarios, pero si siguen un poquito más la historia verán que el Che terminó fusilando y degollando a cientos de personas, o sea, terminó peor que Batista.

En el siglo XX la Psicología vino a demostrar que a veces el ser humano, haciendo lo que siente, lo que le viene en ganas, está lejos de ser libre. Aunque generalmente decimos: “haz lo que te nazca, haz lo que tú pienses, haz lo que tú sientas, eso es ser libre”, la Psicología nos dice: “ten cuidado porque te vas a liberar de unas cosas pero te harás esclavo de otras”, por ejemplo de tus adicciones, de tus instintos, de tus complejos, de tus miedos, de tus fobias. “¡Soy muy libre porque hago lo que quiero! Fumo porque hago lo que quiero”. ¿A ver si puedes dejar de fumar? Pregúntele a un fumador o a un alcohólico: “Si eres tan libre para tomar, vamos a ver si puedes dejar de tomar”. Está esclavizado de otra cosa, son cosas muy simples de demostrar. Así le atribuimos la palabra “libertad” a determinados logros o conquistas, pero dejamos de lado otras cosas de las cuales nos esclavizamos más adelante.

Precisamente hay un libro de Erich Fromm llamado “El miedo a la libertad” donde este psicólogo dice que, a veces, siendo esclavos de ciertos instintos o vicios o adicciones o ideologías nos creemos muy libres pero que eso es para llenar el ojo, para apantallar o para compensar el verdadero miedo que tenemos a ser libres de adveveras. Entonces, en vez de ser libres de adveveras, decimos que somos libres de esto o de aquello, por ejemplo, que ya no tengo deudas, ya no dependo de mis padres, ya no dependo de las ideologías. Y de esa manera, con “libertaditas”, tapamos la verdadera libertad. Ese mismo autor, en otro libro, “Ética y Psicoanálisis”, dice lo mismo que escuchamos hoy de san Pablo: si la libertad que el ser humano va adquiriendo no se traduce en amor al prójimo, no se traduce en compartirla, no se traduce en el amor, es más, quien dice que ama y no lo demuestra, lo que está demostrando es su esclavitud, su ineptitud. Eso no es libertad, es otra cosa que no tiene nada que ver con la libertad, por más que la llamen así. Eso es libertinaje para hacer cualquier cosa, porque si te liberaste del que cortaba cabezas pero terminaste cortando más cabezas tú que el otro, ¿en qué quedamos?

Hoy día estamos inmersos en corrientes a las que se les llama liberales o de librepensadores, corrientes que se dicen ideológicas pero que son muy pobres intelectualmente hablando; son corrientes al estilo de la revolución francesa que proponía esos ideales de libertad, igualdad y fraternidad en el fondo para guillotinar a los que estaban en contra, entre los cuales estaban los católicos por supuesto. ¿Eso es la libertad: libertad para guillotinar al que piensa distinto? ¡No seas malo! Llámalo de otra manera, cómo vas a llamar libertad a eso, a la libertad para atropellar, segregar, discriminar, para matar al indefenso, para descartar al que no sirve, al viejito que ya no produce, eutanasia... Como hay niños no quiero usar algunos términos, le ponen otro nombre, pero a la criatura que apareció en tu

vientre y tú no la esperabas. Libertad para hacer lo que quieras con tu cuerpo no con el cuerpo de otro que está dentro tuyo, lógicamente es otro cuerpo, no el tuyo. No toques al otro porque si no deberá venir la ley a proteger al más desvalido o al que están por degollar. Así pasó con la revolución francesa, así pasó con la revolución mexicana, los que tomaron el poder empezaron a degollar y hubo que frenarlos, eran libertadores y se transformaron en sanguinarios, en bufones sanguinarios como dice Antoine de Saint Exupéry.

- Libertad como conformación

Les dije que el primer punto sobre la verdadera libertad era la evolución: si lograste una libertad, bueno, ahora vamos a buscar otra, porque si te quedas con esa se atrofia. El otro punto fundamental es la conformación. ¿Qué significa eso? Lo explican muy bien algunos filósofos y psicólogos, pero especialmente nos lo muestran los santos: la verdadera libertad es cuando tú eliges libremente lo que ya está dado. Porque generalmente creemos o entendemos que libertad es cambiar y cambiamos lo de afuera, lo exterior, entonces cambiamos la casa, la mujer, el marido, ¿por qué no cambias a los hijos también?

A veces la verdadera libertad, como dice el refrán popular, va por dentro. A veces, por fuera todo sigue siendo igual pero la verdadera libertad es interior; como cuando tú eliges, libremente, ser mexicano o ser González o ser Pérez, por ponerles algún ejemplo. “Ah, eso yo no lo elijo porque ya nací mexicano, González o Pérez”, me dirán. Perfecto, así naciste, pero eso que ya está dado requiere, para que sea tuyo, que tú lo elijas, que tú decidas ser mexicano. Ya fuiste mexicano o González por tus padres, ya fuiste mujer u hombre por los genes, pero ahora se necesita que tú lo elijas. Esto no es ninguna tontería. Es muy distinto a vivir las cosas de la vida bajo protesta, porque es muy distinto decir: “vivo aquí en Tijuana pero me gustaría vivir en Los Ángeles”, a decir: “yo vivo en Tijuana y me gusta vivir en Tijuana”.

Es muy sencillo lo que estoy diciendo. Muchas veces creemos que la verdadera libertad es cuando yo tenga lo que quiera, pero no es así. La verdadera libertad es cuando tú quieras lo que tengas, no cuando tengas lo que quieras; es cuando te conformas con lo que ya está dado, cuando te conformas con el sentido de tu vida, cuando te conformas con la vocación que tú tienes, con la que Dios te dio; es cuando tú eliges no solamente lo que inventas sino lo que se te dio, las condiciones, o los límites en los cuales tú vives. Ésa es la verdadera conformación. Es más, como dice san Pablo, cuando eres capaz de conformarte -o sea: formarte-con-, con la voluntad de Dios, porque esa es la verdadera libertad, cuando nos conformamos con lo que Dios quiere de nosotros.

La predestinación de Dios o lo que Dios tiene pensado para cada uno de nosotros es un tema de Él, pero a nosotros nos da la libertad para elegir lo mismo. Jesús dice claramente que si pidiéramos conforme con su voluntad, inmediatamente lo obtendríamos, pero como le pedimos cosas tan marcianas, por eso, parece que no

nos escucha (cf. Jn 14, 13; 15, 7). El que pida conforme con la voluntad de Dios, inmediatamente será escuchado. Ésa es la verdadera libertad, “gloriosa libertad de los hijos de Dios” -que no está en la carta a los Gálatas que hoy leímos, está en la carta a los Romanos capítulo 8, como se los puse en cartelera-. Es la gloriosa libertad de los hijos de Dios que se conforman, que se unen, que se hacen uno con lo que Dios quiere. Y entonces ahí sí participamos de la libertad en Cristo al que llamamos, según una canción, “Libertador de Nazaret”, el que vino a liberarnos del pecado, de la muerte, de las tradiciones, de la ley (cf. Ro 6, 16; 8, 2; 11, 26).

Me acuerdo de un hermoso documento que escribió el Papa emérito Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, cuando cundía por toda América Latina la famosa Teología de la Liberación. Esa teología insistía en que debíamos liberarnos de los gobiernos dictatoriales, de las diferencias económicas, de los tiranos; las guerrillas muchas veces estaban inspiradas en los evangelios y en esa época hasta apareció aquella famosa imagen de Cristo con una ametralladora, bueno, sobre todo eso se formó una teología. Entonces Ratzinger vino a señalar que la verdadera liberación de los cristianos es del pecado, de la muerte, de la envidia, de los celos, de la venganza. Ahí es cuando somos libres porque Cristo nos hizo libres para eso, para ser como Él y no ser vengativos. Ni siquiera se trata de ser libertadores humanos, aunque los aplaudimos, no hay ningún problema, porque nos liberaron parcialmente de ciertas cosas.

- Sentido trascendente

Pero la verdadera libertad la da el libertador de Nazaret. Curiosamente, el libro fundamental de mi Padre Montes se titula “Liberación dialéctica del espíritu”, donde mi Padre Montes dice que en la medida en que vamos combinando estas cosas, la evolución de la libertad pero también la conformación con la voluntad de Dios y con la vocación de Dios, es que nos vamos liberando verdaderamente interiormente. Es más, las cartas de san Pablo, las más bonitas, las escribió estando preso, y uno dice: ¿pero cómo era libre? Sus cartas a los Filipenses, Filemón, Colosenses y Efesios las escribió estando preso, dando a entender que la verdadera libertad es interior; aunque me pongan barrotes, aunque esté enfermo, encerrado, limitado o viejo. Sólo Dios toca esa libertad y, aunque tenga limitaciones o me falten muchas cosas, claro que soy libre, porque estoy con Cristo.

Ése es el discernimiento: está Dios, hay libertad; no está Dios, no hay libertad. Aunque la pinten de libertad, no se la crean, no comprenden, porque Jesús dice claramente: “*la verdad los hará libres*” (Jn 8, 32), así como en otro momento dice: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn 14, 6). Entonces podemos deducir fácilmente que Él, que es la verdad, nos hará libres; estando con Él no solamente vamos a tener todo lo del paraíso sino que vamos a tener la vida eterna, pero con Cristo; seremos dioses pero con Cristo, no sin Cristo (cf. Jn 10, 34-38). Él nos da la verdadera libertad.

Y también para eso está la Iglesia, para liberar, no para oprimir. A veces nos ponen muchos obstáculos para el Bautismo, para la Comunión que uno dice: “con la cantidad de cosas que me piden más bien me hago musulmán”. Y no, la Iglesia debería ser modelo de liberación espiritual conduciéndonos a la liberación definitiva en el Reino de los Cielos, dada por Cristo que vino a anunciar la “libertad a los cautivos” (cf. Lc 4,18), como el nuevo y verdadero “goel” o rescatador (recordar a Booz, en Rut, o el final del Salmo 150, etc.).

Por todo eso, queridos hermanos, ¿a quién vamos a invocar sino **a Aquélla, la más libre de todas las criaturas** porque fue concebida sin pecado? Y si la verdadera libertad es liberarnos del pecado, ¿quién de **las criaturas** mejor que **María que fue Inmaculada, sin mancha, sin pecado, desde su concepción**, pero que se consideró esclava del Señor? La verdadera obediente a Dios, es la más libre; los otros, los que se creen libres, rebeldes sin causa, serán libres de una cosa pero lamentablemente esclavos de otras, lo que está absolutamente demostrado.

Que María Santísima, quien dijo: “*Yo soy la esclava del Señor*” (Lc 1, 38), la verdaderamente libre porque se consideró esclava del Señor, interceda por todos nosotros. Y ya que Ella es la Madre del libertador de Nazaret, que ruegue por todos nosotros para que, caminando en este mundo de libertad lograda en libertad lograda, alcancemos la verdadera y definitiva libertad, que san Pablo llama liberación escatológica, la del Reino de los Cielos, donde ya no habrá más lágrimas ni distancias ni pecado ni muerte porque brillará en todos la verdad verdadera (cf. Ap 21, 3-4), valga la redundancia, que es Cristo, verdad eterna que nos libera para siempre. Que así sea.

P.D. meditar, ampliando poéticamente, el cap. 83 de Ciudadela de Saint-Exupéry, donde habla de la “libertad de las piedras”.